

# REVISTA GADITANA.

## Número 26.

### INTERESES MATERIALES

#### DE ESTA PROVINCIA.

#### Caminos y rios navegables.

CONTINUACION. (1)

No es tan unánime hoy dia, ni con mucho, la opinion de los inteligentes en este género de materias, como lo era en la época reciente á que nos acabamos de referir. Continúan algunos dando la preferencia á los trabajos que tienen por objeto la construccion de canales, al paso que otros miran como mas ventajosos los que se dirigen á facilitar la navegacion de los rios.

El célebre ingeniero Mr. Bridley, conocido por la gran parte que le ha cabido en la admirable canalizacion de Inglaterra, ha sido el principal ápostol y el defensor mas distinguido del sistema de las líneas artificiales de navegacion.

Agrégase, en el concepto de este famoso ingeniero y de otros de la misma opinion, á las desventajas de los rios que ya señalamos en nuestro anterior

artículo, es decir, á los rodeos, ó tornos de sus cauces naturales y al curso de las corrientes; otro inconveniente muy digno de atencion y que consiste en la escasa esperiencia que se tiene hasta la presente de los resultados del otro sistema, y en los pocos ejemplos que pueden citarse de rios, cuyo tránsito se haya facilitado considerablemente á consecuencia de semejantes obras. Tampoco debe parecer insignificante otro peligro que ofrece la navegacion de los rios: y es el de las avenidas y arriadas en la época de las lluvias, y la falta de aguas en otras estaciones del año.

Los defensores del sistema opuesto, es decir, de la navegacion de los rios, que es ciertamente el que mayor boga tiene en el dia, y el que cuenta con el mayor apoyo en las principales naciones de Europa, ya se atiende al número, ó á la inteligencia de sus partidarios, responden á estas razones con otras, que apuntaremos ligeramente. En primer lugar, niegan que no haya sido satisfactorio el resultado de los trabajos empleados en facilitar la navegacion de los rios. En la misma Francia, por ejemplo, cita Mr. Chevalier los ensayos hechos en el Isle, el Oisse, y el Garona, y algun otro.

Es cierto, añaden, que las grandes avenidas; ó la falta absoluta de aguas que se suele experimentar en los años de sequia, hacen del todo inútiles cuantos

(1) Véase el artículo inserto en la Revista número 24 página 377.

trabajos y obras pueden emplearse en hacer navegables los rios. Pero ademas de que rara vez ocurren estos accidentes, y de que no duran sino por espacio de pocos dias, ¿no están sujetos los canales á inconvenientes del mismo género? ¿No están espuestos á las infiltraciones y grietas? ¿No les sucede á veces quedarse en seco, á consecuencia de las brechas que se abren en sus bordes? ¿Las separaciones que suelen necesitar, no impiden con mayor frecuencia la navegacion, que las grandes avenidas de unas estaciones y las sequias de otras?

Hay una razon que parece concluyente en favor de la navegacion de los rios. Mientras no se conocieron mas barcos que los de vela, pudo parecer dudoso si eran preferibles los cáuces naturales, ó las líneas navegables abiertas por la mano del hombre, y aun se inclinaba en nuestro parecer la balanza en favor de estas últimas. Pero desde que el descubrimiento de Fulton ha causado una revolucion completa en estas materias, y desde que se ha visto á los barcos de vapor caminar á razon de cinco ó seis leguas por hora en los grandes rios de Inglaterra y de América, era natural que se estimase por ménos ventajosa la construccion de los canales, sobre todo, en una época en que se consulta tanto la economía del tiempo, y aun mucho mas, cuando se consigue aunarla con una reduccion en los precios. No se ha descubierto hasta el día el medio de hacer navegar á los barcos de vapor por los canales, y aun cuando en los de Inglaterra y otros paises, se viaja en ellos con alguna facilidad por medio de las *barcas ligeras ó rápidas*, arastradas por caballos que caminan sobre los bordes del canal, está muy léjos este método de presentar tan señaladas ventajas como el de la navegacion por barcos

de vapor, ya se atiende á los precios, ó á la duracion de los viajes. (2) Tal es, en el entender de quien escribe estas líneas, la razon que ha influido con mayor fuerza en el cambio que se advierte de algun tiempo á esta parte, en la opinion reinante en las naciones mas civilizadas de Europa, en cuanto á las ventajas de construir canales, ó de facilitar la navegacion de los rios. Muchas son las que alegan en favor de uno y otro sistema sus respectivos partidarios; pero es escasa su importancia y acaso se equilibran completamente hasta el punto de que fuera casi imposible optar entre ellos, á no ser porque la aplicacion del vapor á la navegacion tan fácil en los rios, y tan acomodada para superar todas las dificultades que presentaban hasta ahora, es del todo imposible en los canales abiertos por la mano del hombre.

Asi es como de ser considerados como el último término de perfeccion á donde podia llegar la navegacion interior de un pais, han decaido los canales laterales hasta el punto de ser tenidos nada mas que como un medio supletorio, oportuno y conveniente cuando no es posible por causas escepcionales facilitar la navegacion de los cáuces abiertos por la misma naturaleza.

No queremos decir con esto, que la única ventaja que proporcionen estos cáuces sea la de hacer posible el uso de los buques de vapor: pero es sin duda alguna la principal. A veces tienen que atravesar los canales por llanuras arenosas por donde se infiltran las aguas. Es muy comun que encuentre obstáculos á la construccion de un canal lateral, ó bien por que el mismo rio pasa al lado de una ciu-

(2) Véase sobre este punto lo que digimos en nuestro artículo sobre los caminos de hierro, en el número 8 de la *Revista Gaditana*.

dad estensa y populosa, ó por otras razones de la misma especie: y en este caso, es necesario conducir el canal á la otra márgen del río por medio de *puentes-aquíeductos*, obras costosísimas, casi imposibles de llevar á cabo, á no ser en aquellos países donde ha hecho tales progresos la riqueza pública, que no asombran los gastos mas cuantiosos. Otros aquíeductos de la misma especie son necesarios siempre que se encuentra el canal lateral con los riachuelos, que vienen á afluir en el mismo río, á cuyo márgen se ha abierto.

Aun no son los que acabamos de referir los unicos inconvenientes que ofrece el sistema de canalizacion: de cualquier modo que se construya un canal lateral, es forzoso que quede separado por el mismo cáuce del río de una parte del territorio cuyas comunicaciones está destinado á facilitar y promover. En cuanto á la otra parte, claro es que queda también interceptada su comunicacion con el río, de cuyas aguas pudieran tener necesidad sus habitantes para riegos ú otros usos de la misma especie. Por último, los canales privan á la agricultura de terrenos mas ó ménos estensos, que pudieran dedicarse al cultivo, al paso que las obras que se hacen en los rios la favorecen, haciendo mas difíciles y ménos peligrosas y duraderas las avenidas.

Tales son, en resúmen, las razones en que suelen fundar sus opinion los partidarios de la navegacion de los rios y de los canales: un autor á quien hemos tenido ocasion de citar diferentes veces en el curso de estos artículos, de cuya obra hemos tomado la mayor parte de las ideas que acabamos de apuntar ligeramente, y á quien aconsejamos que no dejen de consultar cuantos hayan de ocuparse de *caminos y medios de comunicacion*, Mr. Chevalier, en su obra titulada *de los intereses materiales en Francia*, explica esta diferencia de opiniones sobre

las ventajas de uno ú otro sistema, atribuyéndolas al distinto carácter de las épocas en que han preponderado; explicacion que es por lo menos ingeniosa en sumo grado, ya que no del todo exacta. Copiaremos testualmente algunos párrafos de la obra citada.

«El primer método (el de los canales laterales) el que desdena las creaciones de la naturaleza y todo lo intenta hacer de nuevo, estaba en armonía perfecta con la escuela filosófica del siglo XVIII, escuela que establecia principios y á nada ménos aspiraba que á fabricar al hombre de nuevo, con corazón, cerebro y miembros conformes á sus teorías. En aquella época se formaban planes de sociedad tan arreglados como un tablero de algebrez: y con la mejor fé del mundo se impulsaba á los pueblos á que los adoptasen, de grado ó por fuerza, para su mayor provecho y perfeccion de la especie. Bridley trataba al mundo físico como los filósofos sus contemporáneos trataban al hombre y á las sociedades. Hoy día, las doctrinas sociales y políticas que gozan de crédito toman á la especie humana individuos y pueblos tales como son, y no se obstinan en volverlos del reves, para hacerlos semejantes á modelos teóricos. Esta direccion nueva de las ideas se descubre del mismo modo en los hechos generales que en los singulares, en las cuestiones puramente materiales, como en las que tienen relacion con las fibras mas delicadas y nobles de nuestro Ser. Hay, en una palabra, metamorfosis, no solo en las opiniones políticas, sino tambien en las reglas de la economía pública, y hasta en las obras de los puentes y calzadas: por ejemplo, la idea de mejorar los rios por medio de trabajos ejecutados en su propio cáuce, ó por lo ménos de aprovechar estos cáuces naturales ha ganado mucho terreno.

Antes de ocuparnos de los proyectos de limpiar la barra del rio Guadalete y de construir un canal que evite los peligros que ofrece su entrada, debíamos ocuparnos de la opinion que reina en otros paises acerca de semejantes obras. No es esto decir, ni por pienso, que cuanto hemos asegurado de los canales y de los rios navegables en general, pueda aplicarse al caso que nos ocupa: esta aplicacion ofrece dificultades no poco numerosas, y que procuraremos explicar en otro articulo.

J. J.

## MANUEL EL RAYO.

### NOVELA DE COSTUMBRES.

#### CONCLUSION.



El 22 de Setiembre, á las ocho de la noche, todas las gentes que Manuel habia tomado á sueldo se encontraban reunidas hasta el número de 60 en la ensenada de la Salud. Niuno habia faltado á la consigna; y sobre todos los puntos culminantes de las colinas que le rodean, se veian acechos armados de todo punto, con orden de hacer fuego á toda figura humana que no respondiese á la seña. El grueso de la compañía, escondido en una grieta de las rocas, debía acudir al primer punto amenazado en donde fuese necesaria su presencia, y Manuel, subido en la cima de la gran fantasma, armado con sus cuatro pistolas, de pié y apoyando la espalda en la cabeza del gigante granítico, dominaba desde allí hasta una inmensa estension de tierra y mar. No lejos de él Francisco Muñoz, uno de sus hombres de mas confianza, paseaba á guisa de centinela por los senderos mas escabrosos de la montaña. Un silencio terrible reinaba en su alrededor, y el mar, apenas rizado por una ligera brisa, no dejaba escuchar mas que el monótono balance de las olas que llegaban perezosamente á besar el pié de la montaña.

Nuestro contrabandista con su anteojo de noche consultaba el horizonte; pero na-

da se alcanzaba á ver sobre la superficie de las aguas en el inmenso semicírculo que abrazaban sus miradas, y ya habria pasado una hora en esta silenciosa ansiedad, cuando Francisco observó que el anteojo del contrabandista no saltaba ya de un punto á otro, sino que estaba fijo hácia uno determinado, que, á juzgar por la altura del instrumento, debía divisarse bastante lejano. De repente, Manuel sin perder de vista el objeto que llamaba su atencion,—»haz una seña,» le dijo á Muñoz en voz baja.—¿En qué direccion? contestó este.—Un poco á la derecha de la farola de Cádiz.—Francisco abrió entónces una linterna sorda de tres pies de alta, y dejó ver una luz clara y vivísima por el reverbero interior de la linterna, mas disparada solamente en un estrecho círculo, en direccion del cual se presumia estar el objeto que habia visto Manuel.

Despues de un cuarto de hora de silencio.—«Todavía nada» dijo Manuel con impaciencia, «y sin embargo á estas horas deberia estar Antonio á lo ménos á la altura de la farola.»—Continuó volviendo á dirigir el anteojo hácia aquel punto del horizonte. Algunos minutos despues de pronunciadas estas palabras:—«Muñoz, Muñoz, dijo con alegría, ¿no ves allá abajo la respuesta á la seña?»

Un pequeño punto luminoso, casi imperceptible, distinguiase en efecto, aunque solo con la ayuda del anteojo, como anegado en una espesa niebla en medio del horizonte.—«Haz la segunda seña.» dijo el contrabandista.—Muñoz hizo brillar por tres veces una masa de luz que aparecia y desaparecia con la rapidez del relámpago, efecto de cierta cantidad de pólvora colocada en un foso de la montaña. Manuel guardaba silencio.—«Sea enhorabuena.» dijo en fin; hé aquí la respuesta de la goleta á la segunda seña... ¡Perezosa!... ¡Bien sabia yo que vendria á la cita!... añadió con la expresion del amor propio satisfecho.—Muñoz, preven nuestra gente, y toca la bocina.

Y en el mismo instante un sonido particular, agudo y monótono interrumpió el silencio de aquellos sitios. El eco de las montañas repitió por intervalos este sonido, y todo volvió á quedar en silencio.

—La brisa empieza á refrescar... la mar está buena. Podrán estar aquí dentro de una hora (dijo el contrabandista estendiendo su manta sobre lo escarpado de la mon-

taña.) Haz centinela, Muñoz, que voy á descansar un instante.»—Diciendo esto encendió un cigarro y se tendió boca arriba en el límite de la montaña con las piernas colgando hácia el abismo.

Hacia ya media hora que estaba en esta posicion, y Muñoz continuaba haciendo reflejar su linternon hácia la goleta que debía acercarse, al abrigo de aquel faro accidental. Todo era silencio en torno de ámbos, cuando de repente, un ligero rumor como si fuera producido por el paso rápido de un hombre, se dejó escuchar á alguna distancia; el contrabandista se puso en pié de un salto, y él y Muñoz prepararon sus escopetas, la mano en el gatillo, el oído atento, conteniendo la respiracion, y en este acecho permanecieron inmóviles procurando penetrar con su vista las sombras de la noche; pero en vano; porque nada que se moviese llegó á fijar sus miradas.—«Esto habrá sido sin duda, dijo Manuel en voz baja, alguna bestia feroz que se habrá precipitado allá al fondo: no importa; bueno es estar con cuidado. Acuérdomo que una noche, á esta misma hora, un ruido semejante al que acabamos de oír, me llamó de repente la atencion. Estaba solo, y dirigí mi vista á todos lados hasta que allí á la derecha, al otro lado del torrente, por bajo de esa roca que negrea allí mas, noté algo que se movia, armé mi escopeta é hice fuego.... algunos gritos lastimeros vinieron al instante á penetrar mis oídos; pero el peligro habia pasado, porque los gritos salian del precipicio: al dia siguiente distinguí mutilado y hecho pedazos por la caída, el cuerpo de un espion de la costa.»

Apénas habia Manuel acabado estas palabras, cuando otro ruido aun mas extraño, vino á interrumpir su misteriosa conversacion. Un cañonazo disparado á lo largo del mar, y en la direccion de la ruta de la goleta, hizo temblar la base de la gran fantasma. Manuel tomó precipitadamente su anteojo, y enfílándole hácia el lado del horizonte, de donde habia partido la explosion.... ¡Cara....amba!.... gritó con furor, pronunciando una de las interjecciones tan frecuentes en esta clase de hombres.—¿Qué has visto? dijo Muñoz con interes.—¡Por el diablo que me lleve, dijo el contrabandista, creo que es el brik guardacostas que avanza á toda vela á la goleta, y amenaza atacarla!...—

La vista perspicaz del contrabandista no se habia engañado; era el Veloz, de la marina real, que siguiendo el aviso que le daba la torre de Tavira de Cádiz, señalándole un buque que, según maniobra sospechosa, parecia contrabandista, habia salido al mar, y se encontraba, favorecido por la marea baja, muy cerca de la goleta.

Manuel parecia fuertemente agitado, aunque afectando serenidad, y dejábase adivinar en él la ansiedad en que le tenia el resultado del lance, que sin duda iba á empeñarse. Ayudado de su anteojo, espiaaba con atencion todos los movimientos de ámbas embarcaciones, aunque á veces la oscuridad las ocultaba á sus pesquisas; un silencio de algunos minutos habia sucedido al primer cañonazo; escuchóse en seguida el segundo, despues el tercero, y otro, y otro: luego, en fin, y durante un cuarto de hora, un prolongado fuego de mosquetería, infinidad de fagonazos al traves de una densa nube de humo, un ruido imponente y terrible prolongándose magestuosamente entre las ondas, y que repelían á lo léjos las altas montañas de la costa, como el eco del trueno en una horrosa tempestad... De allí á poco todo quedó en silencio y completa oscuridad.

El contrabandista paseaba siempre á lo léjos su mirada sombría y amenazadora. Muñoz no osaba ya dirigirle la palabra, y solo con la muda y atenta observacion de sus movimientos, procuraba adivinar el desenlace de aquella importante lucha: una sola palabra, apénas pronunciada, se escapa de la boca de Manuel.—«Nada»—y esta palabra con su brevedad desesperadora no era otra cosa que una duda mas, susceptible de cualquiera interpretacion. De repente, en fin, y como herido de una súbita aparicion—«se ha salvado, se ha salvado»—grita Manuel desde arriba con tal voz, que pudo ser escuchada por el grueso de la compania que acampaba al pié de la montaña. Momento semejante á aquel en que el vigia de una embarcacion, colocado en el palo mayor, deja escuchar á la tripulacion aquellas palabras mágicas de *tierra, tierra*.

—«Toca la llegada y enciende los fuegos de guia» añadió el dichoso Manuel.—Al instante Muñoz hizo oír el agudo sonido de la corneta: un confuso movimiento se escuchó á los pies de la gran fantasma; inmensas fogueradas de ramas secas alumbraron en un instante la estrecha en-

trada de la ensenada de la Salud, y permitieron distinguir hasta medio centenar de hombres, todos armados y formados en pié sobre la rivera; el linternon, que hacia dos horas ardia en la cima de la montaña, quedó instantáneamente apagado; el contrabandista Manuel apareció en medio de su tropa, y mandando el silencio tomó la bocina, y dirigió á los de la goleta estas palabras.

—¡Ola! compañeros, ¿quién vive?—  
«Nuestra Señora del Cármen»—respondieron los de la embarcacion.—

—«Sea ante todas cosas bendito y alabado el Santísimo Sacramento del altar» dijo el contrabandista volviéndose á los suyos y santiguándose humildemente.—«Por siempre sea alabado» respondieron los otros con gravedad y pusieron las armas en pabellones.

Un cuarto de hora se habria pasado, cuando una pequeña embarcacion, rotos los palos, agujereada por todas partes, y con cuatro hombres muertos y siete heridos sobre el puente, entraba en la ensenada de la Salud. Era la goleta del contrabandista Antonio.

Atracada que fué á la costa—«Dios os guarde, dijo Manuel con una voz grave:—y á V. tambien nuestro amo» respondieron los hombres de abordo; y despues ni una palabra mas, ni otro movimiento que el de trescientos brazos ocupados en descargar el buque en medio del mas absoluto silencio, solo interrumpido por los chirridos de las poleas que ayudaban á levantar los fardos. Todas aquellas sombras se agitaban sobre las rocas en el seno de la mas completa oscuridad; y únicamente de vez en cuando solian aparecer acá y acullá algunas lucecillas de varias linternas, á quienes lo espeso de la niebla no permitia estender su claridad mas que á un pequeño semicírculo.

Antonio y Manuel permanecieron un momento abrazados hasta que retirándose á un lado:—«Estoy contento de tí, dijo este á aquel con una espresion de ternura. ¿Estabais muy léjos cuando el brik ha desaparecido la andanada?—Dos leguas largas.—¿Y le habeis tratado bien?—Cerca de un cuarto de hora le han dominado mis fuegos.—Y él por consecuencia tambien os habrá hecho gran daño?—Cuando ha podido virar de bordo y utilizar todas sus piezas, ya habia perdido el palo mayor, y la

mitad de su tripulacion yacia muerta en el entrepuente.—Y sin embargo, dijo Manuel, tenia doble gente y artilleria, y hubiera podido abrasar á mi pobre goleta! —La última abordada es la única que nos ha causado las pérdidas y averias que podrás ver.—¿Y luego?—¡Luego! ¿Qué habian de hacer? huir como unas gallinas. —¡Bien por Antonio! gritó Manuel, ¡bravo! desde este dia te tengo por todo un contrabandista.—Siempre seré digno de ese titulo, y... de la mano de Casilda, dijo Antonio mirando fijamente á Manuel.—¿De mi hija? contestó este con un movimiento extraño, que no se ocultó á los ojos penetrantes del jóven.—Si por cierto... ¿acaso habrás mudado de intencion? dijo Antonio con abatimiento.—Nada de eso, replicó Manuel, y ántes bien es posible que no espere para uiros el término que habia fijado.—¿Qué dices! exclamó Antonio con alegría.—Digo la verdad, contestó Manuel procurando reprimir un suspiro.—Acaso será?...—Despues hablaremos. le interrumpió el padre de Casilda.—Y dicho esto se alejó, como atormentado por un vago presentimiento de la desgracia que acaso le amenazaba, y sin poder apartar su imaginacion de aquel pañizuelo blanco, que habia visto suspenso en las rejas de su hija.

Antonio entre tanto, lleno el corazon de ilusiones y de esperanzas, saboreaba las últimas palabras de Manuel, que parecian asegurarle el cercano término de sus deseos.

## HW.

Todo el cargamento de la goleta se hallaba ya amontonado en la playa, y Manuel daba las órdenes á la tripulacion para que, dándose á la vela, volviesen cuanto ántes á guarecerse á la bahía de Gibraltar, estendiendo sus instrucciones al piloto para que, á su llegada á aquella ciudad, hiciese enterrar en lugar sagrado á los cuatro hombres muertos, y dispusiese la celebracion de una misa por el descanso de sus almas. Recomendó asimismo á su celo el mayor cuidado con los siete heridos, que á duras penas podian ocultar sus dolores; concluidas que fueron estas prevenciones, la embarcacion, desplegadas las velas, salia magestuosamente de la ensenada, cuando de repente y con no poca sorpresa de Antonio y de los demas circunstantes reunidos en torno del capataz,

dejóse oír una voz sombría y sonora que le dirigió estas palabras.

—¿Tienes valor, Manuel?—

A esta brusca interpelación, el contrabandista hizo un movimiento de sorpresa, y todos las circunstancias, fijando la vista en él, esperaban la respuesta al atrevido incógnito, cuya repentina aparición en aquellos lugares no acertaban á explicar; hasta que al fin el contrabandista, como volviendo en sí y pasando su mano por la frente bañada de un frío sudor,

—Ah ¡eras tú Pedro! (dijo con una voz que dejaba adivinar la mas profunda conmoción).—Si por cierto, respondió el viejo pescador.—Y qué vienes á decirme?—Una desgracia.—¿Qué es lo que oigo? Qué dices? Qué es lo que has visto? habla responde, (interrumpió Manuel con el acento de la desesperación).—Segun habiais dispuesto, respondió Pedro con voz grave y serena, marché á tu casa....—Silencio.—dijo el contrabandista con imperio, y volviéndose luego hacia Antonio,—haz trasportar los fardos, le dijo, á la caverna de *los Cuervos* de la roca negra, y cuida de que el tabaco quede escondido bajo la arena: yo voy á hablar un instante con este hombre.

Y agarrando fuertemente por el brazo á Pedro, le llevó aparte al pie de la montaña diciéndole.—¿Qué es lo que has visto? Pedro, habla bajo.—Mucho temo alfigirte.—¡Dios mio! ¡qué es lo que vá á decirme! dijo el contrabandista con un temor convulsivo; y permaneció largo rato en silencio entre el temor y el deseo, sobreponiéndose en fin á aquella especie de vértigo.

No importa, Pedro, continuó, dímelo todo, ¿qué es lo que has observado?—Tu hija....—Habla pronto.—Tu hija, esta noche á las diez....—Pronto.—Ha abierto la puerta á un hombre.—¿Hay mas?—El hombre ha entrado, y la puerta se ha vuelto á cerrar.—¡Mil diablos te lleven! es imposible! mientras, dijo Manuel fuera de sí.—He estado esperando un cuarto de hora largo, proseguió Pedro con frialdad, para ver si salia, con intencion de seguirle y darte sus señas; hasta que en fin, viendo que nadie se movia, y hallando por fortuna el candado en la puerta, le corrí, eché su llave y.... ¿entiendes? ántes de dos horas puedes asegurarte de la verdad y castigar la ofensa que te se haya hecho. Esta es la llave del candado.

Y diciendo estas palabras, el viejo pescador presentaba en efecto la llave al con-

trabandista; pero en vano; porque este nada veia ni escuchaba. Cual si fuera herido de un rayo, permaneció largo tiempo inmóvil, los ojos clavados en el suelo, contraidas las cejas, y respirando con dificultad: arrojóse bruscamente contra la montaña, y rechinando los dientes y mordiéndose la tierra, dejaba de tiempo en tiempo escapar esta exclamacion «¡sangre!»

De repente incorporándose con energía.—Marchemos, dijo á Pedro arrastrándole hacia la playa.—Paróse de allí á algunos pasos, y con tono solemne.—Júrame, continuó, que no dirás á nadie lo que has visto.—Te lo juro por el alma de mi padre.—Pues vamos.

Antonio acababa de partir para la caverna de los cuervos de la roca negra, y Manuel dejó sus intruccioncs á Muñoz para que se las participase á aquel, previniéndole que ántes de pocas horas estaria de vuelta. Dicho esto marchó con Pedro, y en pocos minutos estaban de regreso en el Puerto de Santa María, en el momento en que el reloj daba las tres de la mañana.

—Dame la llave del candado, dijo Manuel en voz baja.—Ahí está, le contestó. Pedro ¿entro contigo?—Sí, tu presencia me puede ser útil.—¿Cual es tu proyecto?—Pronto lo sabrás.... Mira Pedro, abre tú, que me tiemblan las manos, y temo hacer ruido... Así .. ahora toma la llave de la puerta.... Dos vueltas....—Ya está.—Entra primero, Pedro, y cerraré la puerta.—¡Qué oscuridad!—Espera, yo te guiaré.—¿Donde estás?—Dame la mano. Baja dos escalones....Bien.... Ya estamos en el patio.

El contrabandista miró atentamente por todas las ventanas del interior, y en todas partes observaba silencio y oscuridad.

—Subamos, dijo: hé aqui la escalera. Sube diez y ocho escalones....Ya estamos en la galería....Este es el cuarto de Casilda.... no hay luz....escuchemos.

Manuel acercó el oido á la puerta, y permaneció cinco minutos en esta posicion.—Nada oigo, dijo retirándose. Escucha tú ahora.—Pedro se colocó en la puerta; pero nada mas oia que la alterada respiracion de Manuel.—Nada, dijo al fin Pedro....—Un rayo de alegría brilló sobre la ancha frente del contrabandista.—«Pedro, dijo ¿si acaso te hubieras equivocado? ¿si hubieras tomado una vision por realidad?

«Espera, calla, dijo el viejo pescador interrumpiéndole.—¿Qué has oido? replicó el padre de Casilda, por cuyos miembros cor-

rió un estremecimiento eléctrico.—Calla, repitió Pedro, hablan en voz baja cerca de nosotros.—¿Qué dices?—Escucha.»

Un ligero bisbiseo, apenas imperceptible, hirió entonces los oídos del contrabandista, sin que pudiera determinar que dicho ruido saliese ó no del interior de la habitación de Casilda. Como el hombre que se ahoga ó se halla próximo á caer en un precipicio, quiere escapar á su muerte por los medios mas extraordinarios que le dicta la desesperacion, aunque fuera el de asir un hierro ardiendo, así Manuel, ánte la evidencia de su desgracia, buscaba un medio de persuadirse de que aun podría estar equivocado, llegando hasta desear que fuesen ladrones ó asesinos los que se habian introducido en la habitacion de su hija. Siguiendo esta idea, para él consoladora, dió algunos pasos pidiendo á Dios de corazon que fuese cierta; pero en vano; todo era silencio en derredor suyo, y sola allá en el fondo de la habitacion se dejaba oír siempre el mismo misterioso diálogo. El desventurado Manuel sintió faltarle las fuerzas, y apoyado en la pared, inmóvil é irresoluto, observaba un triste silencio.

—Vamos, ¿qué hacemos? le dijo Pedro, haciéndole volver de esta especie de estupor.—Vas á verlo, respondió Manuel con decision.—¿Para qué montas tus pistolas?—¿No me decias que era menester sangre?—Sí, ¿pero la muerte del seductor hará mas honrada á tu hija?—Dices bien, replicó Manuel despues de un momento de reflexion. Espérame aquí.—«Y dicho esto se dirigió al cuarto de Marta, en donde todavía lanzaba algunos tibios resplandores una lamparilla colocada sobre la mesa, y solo se escuchaba el ronquido de la vieja que dormia profundamente. Manuel encendió una luz, y volviéndose adonde Pedro se hallaba.—Llama á la puerta, le dijo.—Pero Pedro sorprendido de la extrema palidez de su semblante y lo desencajado de sus ojos, quedó mirándole inmóvil sin acertar á pronunciar una palabra.—¿Qué tienes? le dijo Manuel, llama á la puerta.—Pedro obedeció; pero nadie respondió al llamamiento.—Puede que el hombre que está encerrado adentro tenga armas (dijo Manuel); toma tú esta pistola, y llama segunda vez.—Hízolo así Pedro, y pasados algunos momentos de silencio, una voz de muger que revelaba bien la mayor conmocion, contestó.—¿Quién llama?—«Tu padre.»—Contestó el contrabandista con una voz de trueno, y viendo que

nada se movia.—Abre aquí; continuó, ó echo la puerta abajo.—Y acompañando la accion á la amenaza, rompió las tablas, y vino la puerta al suelo con un ruido que hizo temblar la casa.

Casilda se habia arrojado del lecho, cubierta ligeramente, y con el cabello flotante sobre sus hombros, los brazos tendidos, la mirada desencajada.—«¡oh padre mio, padre mio! exclamó, y cayó sin conocimiento sobre el suelo.—Quédate á la puerta, dijo Manuel á Pedro, y haz fuego al que intente pasar.—Es inútil esa orden—dijo una voz varonil salida de la estremidad de la sala, y Fernando con el rostro demudado, temblando y sobrecogido de sorpresa, apareció en medio de la sala con los brazos cruzados sobre el pecho.

A su vista, Manuel dió un paso atras, y arrojando fuego sus miradas, la frente sombría y amenazadora, trémulo el labio, fuerte y precipitada la respiracion, semejaba á un atleta—en el momento en que victorioso acababa de arrojar por tierra á su temible adversario. Cediendo por tres veces á un movimiento nervioso y convulsivo, habia alargado su mano al gatillo de la pistola; pero otras tantas pudo reprimir este siniestro movimiento. Una infernal sonrisa asomó á sus labios, cual la alegría del tigre cuando mira á su presa ántes de devorarla; mas sobreponiéndose otra vez, rompió al fin este terrible silencio con una voz breve é imperiosa.—Sígueme,—dijo al desgraciado Fernando.

Marta, que habia despertado al ruido, corrió en esto á saber su causa, y redoblando el furor de Manuel á la vista de la vieja, lanzóse violentamente sobre ella, y agarrándola por la garganta, la hizo caer de rodillas á sus pies.—Encomienda tu alma á Dios, le dijo. Vas á morir.—¡Yo!.... Valgame María Santísima. ¿Qué es lo que he hecho? interrumpió la vieja á semejante apóstrofe.—¿Qué es lo que has hecho? replicó Manuel con los ojos encendidos de cólera. ¿Qué es lo que has hecho?... Mira, mira ese hombre ¿Cómo se halla aquí? Tú debes saberlo; tú, á quien yo habia confiado el cuidado de mi hija. Dime ¿cómo se ha introducido en su cuarto? Tú le conocias ¿no es verdad? ¿eres su cómplice en la infame accion que cubre mi frente de vergüenza, ¿y me preguntas que has hecho?... Mira á Casilda, mirala allí inmóvil, muerta tal vez y deshonrada. Mi hija deshonrada, ¿y me preguntas que has hecho?

Encomienda tu alma á Dios, porque vas á morir sin remedio.—

La pobre Marta confundida por lo grave de la acusacion y por la terrible amenaza que el contrabandista la fulminaba, besaba los pies de su señor, regándolos con su llanto; estendia hácia él sus manos trémulas y des-carnadas, y no podia pronunciar una palabra en su defensa, porque la conmocion la ahoga-ba la voz.

Manuel la miraba siempre con furor, aun-que al aspecto de tanta desesperacion, la con-templacion de su vejez, sus blancos y escasos cabellos esparcidos en desórden, y la elocuen-cia muda de sus lágrimas y suspiros, acabaron por dominar el corazon del contrabandista, y desarrugar un momento su tempestuosa frente.—Pruébame al ménos, la dijo, que no eres culpable y háblame... pero no.... quitate de mi vista, vete, sal de mi casa.... Y sin-tiendo pasar este ligero movimiento de clemencia.—Véte al instante, continuó, ó si tar-das un minuto mas, no puedo contener mi furor; pero no, quédate, ten cuidado de esa muger, y tú, Pedro, ayúdala.—Después dirigiéndose á Fernando.—«Sígueme.»—le dijo con imperio, y Fernando le siguió.

El seductor de Casilda se hallaba en pié, delante de Manuel, pálido y temblo-roso como el criminal delante de su juez en el momento en que la justicia hu-mana vá á pronunciar la sentencia que condena al suplicio su cabeza, y no osa-ba levantar los ojos ante aquel padre justamente irritado, ante aquel hombre que venia á ser á la vez su acusador, su juez, y acaso su verdugo.

Entre tanto, Manuel, paseando silencioso y precipitado por la habitacion, procuraba comprimir sus violentos trasportes hasta que al fin, afectando una tranquilidad que estaba lejos de experimentar, se paró de repente, y dirigiéndose á Fernando:

«¿Quién eres?» le dijo con gravedad, y al parecer sin enojo. Fernando, que espera-ba una explosion terrible, no pudo ménos de hacer un movimiento de sorpresa.—«No te muevas» gritó el contrabandista, tomando este movimiento en otro sentido. «No te muevas ó mueres en el acto.

El corazon de Fernando palpité, conocien-do que la calma de Manuel era solo apa-rente, y que al menor chispazo podia infla-marse aquel pecho volcancizado; llamó pues en su auxilio á la prudencia, y componiendo su semblante con todo el exterior de vergüen-

za y de arrepentimiento, respondió pronta-mente á la interpelacion de su juez.—«Mi nombre es Fernando Zarzal.—¿Tu patria? —Granada.—¿Porqué la has dejado?—Por viajar.—¿Eres rico—Bastante.—¿Quién son tus padres?—Hace tres años que los perdí, y estoy solo en el mundo.—¿No eres ca-sado?—No.—»

El contrabandista guardó un instante de silencio, y después continuó.—«¿Cuánto tiem-po hace que estás en el Puerto de Sta. Maria? —Cinco meses.—¿Y cuánto que conoces á mi hija?—Cerca de cuatro.—¿Dónde la viste?—En la iglesia....» (Manuel rechinó los dientes, y dió un fuerte bramido).—«¿Y es verdad lo que me has dicho? continuó.—¿Dudais acaso de mí?, contestó Fernando con cierta altivez.—«¿Qué si dudo?... respon-dió Manuel, como sintiendo renovar su fu-ror. ¿Quién no ha de dudar de lo que sale de la boca de un infame, de un vil seduc-tor.... ¿Qué si dudo?...¿Sabes tú quien soy? ¿Ignoras que estás hablando con el padre de la mujer que has deshonrado?...¿Cono-ces todo el poder de este nombre, y el de-recho que me dá para dudar de tu infame conducta? ¡Malvado! tú has asesinado mi ho-nor y mi reposo; has cubierto mi frente de oprobio: te has introducido traidoramente en el lugar mas sagrado de mi casa. ¿Y me preguntas si dudo de tus palabras? ¡Cobar-de! ¿párecete que no debo informarme de tí, como tu lo hiciste de mí ántes de ase-sinarme? No conoces que me perteneces? ¿no conoces que estamos unidos el uno al otro por un lazo terrible, que nadie mas que la muerte puede desatar?—

Manuel respiró un momento, y apro-vechándose Fernando de este instante, iba á responder; pero el contrabandista conti-nuó.— Sí, que cualquiera tiene derecho de esterminar la vivora que encuentra ocul-ta en el hogar; yo usaré de este derecho. ¿Me entendeis?... Tiembla, pues, el mo-mento en que ejerza mi venganza, no le precipites con una palabra mas.—Hé aquí mi pasaporte, dijo Fernando interrumpiéndole y Manuel le recorrió rápidamente com-parando su señas con las de Fernando; y después de esta escrupulosa pesquisa guar-dó el pasaporte, y volvió á pasearse por la habitacion. Su frente ora apacible y tran-quila, ora sombría y amenazadora, refleja-ba bien la lucha de sus encontrados afectos y Fernando, observándole silencioso, procuraba leer en ella su terrible sentencia.

De repente el contrabandista, mirándole fijamente, le dijo con una gravedad imponente.--¿Amas á Casilda?--¡Que si la amo! (prorrumpió Fernando con un movimiento de entusiasmo) la adoro mas que á mi alma.--¿Y la harías tú dichosa si llegase á ser tu mujer?--

Sea que Fernando amase verdaderamente á Casilda, ó ya por el temor de la venganza del terrible contrabandista, dejóse caer á sus pies, y con el acento mas apasionado--Yo os lo juro, respondió, y ¡ojalá que ella os pudiese hablar por mí, para que no pudieseis dudar de la sinceridad de mis palabras, y si toda mi vida!.. Pero Manuel interrumpiéndole.--Levántate y ven conmigo, le dijo con arrogancia.--¿Á donde?--¿No basta que yo lo mande?--Fernando no tuvo por conveniente responder.--¡Pedro! (gritó Manuel hácia el lado donde aquel estaba) ¿qué es de Casilda?--Acaba de volver en sí.--Necesito un hombre ¿donde está tu hijo?--Voy á buscarle.--Y luego que este se presentó.--Vas á seguirme á la roca de la gran fantasma, y es preciso que sea pronto, por que ya no tarda en amanecer. Tú, Pedro, ántes de mediodía partirás con Casilda para la ensenada de la Salud, de modo que lleguéis ántes de ser de noche. ¿Entiendes?--Perfectamente.--José, dijo en seguida al hijo del pescador ¿estás armado?--Llevo mi escopeta.--Pues marchemos, y tú Fernando síguenos. α

Y dicho esto desaparecieron despues de haber lanzado Manuel una rápida mirada sobre su desdichada hija.



Una hora hacia ya que el Sol doraba con sus ardientes rayos las elevadas cimas de las montañas que rodean á la gran fantasma, cuando los tres viageros llegaron á la ensenada de la Salud. Antonio acababa de partir por tercera vez á la caverna de los cuervos en la roca negra; y Francisco Muñoz era el que allí se hallaba, acompañado por algunos hombres. Por el número de mercancías que aun cubrían la playa, juzgó Manuel que la operacion de la guarda les ocuparía aun todo el dia. Antonio no podia regresar ántes de medio dia, y por grande que fuese el deseo que el contrabandista tenia de hablarle, le era forzoso esperar hasta aquella hora: dirigióse pues, hácia un bosque resguardado por

elevadas rocas, con intencion de disfrutar algunos instantes de reposo, despues de haber encargado al hijo del pescador Pedro, que no perdiese de vista á Fernando, y á Francisco Muñoz que indicase á Antonio en el momento de su llegada, el lugar á donde se retiraba. Tendióse luego sobre el césped, colocó á su lado la escopeta, encendió su cigarro, tomó una pistola en cada mano, y despues de una lucha penosa y dilatada, entre el cansancio fisico y moral contra la tumultuosa multitud de pensamientos que provocaban el insómnia, venció al fin aquel, y se quedó dormido.

Tres horas hacia que el sueño pesaba sobre sus párpados; pero estaba muy léjos de haber sido para él un bálsamo reparador: de sus labios entreabiertos se escapaban á veces palabras vagas, cuyo sentido hubiera sido difícil comprender; un sudor frio corria de las arrugas sombrías y profundas de su tempestuosa frente: de repente se despertia sobresaltado, se incorpora, y cediendo á un movimiento tan habitual como de insinto, prepara sus pistolas, dirige en torno suyo los extraviados ojos, y dá un grito de sorpresa al ver de pié á su lado á un hombre que le miraba con interes é inquietud. Era Antonio.

Manuel guardó silencio por algunos instantes: sabia todo lo que habia padecido, y lo que le restaba que padecer como padre, y preveia todo lo que Antonio iba á padecer como amante. Esta idea le agobiaba, y no se sentia con fuerzas suficientes para despedazar con solo una palabra el corazon del jóven contrabandista; llegando á desear que estuviese allí Pedro para encargarle de dar á conocer á aquel la noticia fatal.

Antonio le observaba silenciosamente con una admiracion mezclada de zozobra.--¿Qué tienes?--dijo por fin el jóven contrabandista.--Tengo que decirte, contestó Manuel con voz grave y conmovida; siéntate á mi lado... ¿estamos solos?... escuchas... Antonio, si llegases á saber que la que tú has amado, que la que amas todavia, que tu novia, que Casilda en una palabra, no es digna de tí; si te dijese que su corazon ha palpitado ó palpita de amor por otro, si te asegurasen que un hombre ha ocupado ya su lecho ¿qué harías?--¿Y por qué supones cosas que tú mismo tienes por imposibles?--replicó Antonio con estrañeza.--Contesta á mi pregunta (continuó Ma-

Manuel) ¿qué harías?--Romper la cabeza del insolente calumniador, contestó Antonio haciendo un ademán terrible.--Pues bien, hiere, dijo Manuel inclinando la cabeza, hiere; mi hija está deshonrada.--¿Qué dices? repuso Antonio con sobresalto.--La verdad, contestó Manuel.--¿Sueñas aun? dijo aquel fijando sobre el contrabandista sus ojos alterados.--Te he dicho la verdad, replicó este con el acento de la desesperación.--¿Y cuál es el infame?--Ya sabes su nombre; sin duda le he pronunciado en sueños.--Fernando Zarzal.--El mismo.

Antonio permaneció como abismado bajo el enorme peso de aquella terrible revelación, que hería su pecho como la punta de un agudo puñal; después de un largo espacio de silencio, dijo por fin con una voz sombría.--¡Ah! ¡Fernando Zarzal! ¡Sin duda le habrás muerto?--No: vive aun.--¡Vive! exclamó Antonio incorporándose y dejando brillar en su semblante una febril alegría... ¡Vive! y ¿dónde está? ¿dónde? y añadió blandiendo el puñal que pendía de su cintura ¡Oh Manuel! ¡cuanto te agradezco que no hayas derramado tu sangre! te has privado de ese placer, has querido reservármelo á mí solo... ¿eh? permíteme que te abrace por esa generosidad... ¿Dónde está?... Quiero deshacer su cabeza entre mis manos, como quien espachurra un insecto... ¿Dónde está? Dílo, Manuel respóndeme...--Fernando Zarzal no morirá tal vez.--¿Qué dices?--Tú mismo vas á dictar su sentencia--¿Qué misterio?...--Voy á explicártelo.--Di pues.--¿Me prometes hablar con franqueza? dijo con voz grave el padre de Casilda--Jamás disimulé mis pensamientos, repuso Antonio.

Sucediose un prolongado silencio: Manuel fué el primero que le rompió, después de haber dejado escapar un dilatado suspiro--Antonio, dijo con voz grave pero casi temblando de conmoción, con una palabra vas á despedazar para siempre mi corazón, ó á lisonjearle con la esperanza de un porvenir tranquilo y dichoso: pesa bien tu respuesta; he aquí la que quiero preguntarte. ¿Quieres, después de lo que te he revelado, dar á Casilda el título de esposa tuya?--Manuel trataba de leer una respuesta en los labios del jóven contrabandista; todos los suplicios de la inquietud estaban pintados en su rostro, y por la palidez de sus facciones, por su convulsiva inmovilidad, se podía juzgar del in-

menso interés con que esperaba la respuesta de Antonio. Este con los ojos bajos é inclinados hácia el suelo, parecia tambien víctima de una lucha violenta en el interior de su corazón; su silencio prolongó por algun tiempo la penosa ansiedad, hasta que en fin, una voz sorda y sombría vino á espirar en sus labios--«No»--dijo, y su cabeza cayó involuntariamente sobre el pecho.

Manuel permaneció absorto un momento, y estremeciéndose luego repentinamente murmuró estas palabras: «Fernando Zarzal no morirá.»--¡Cobarde! replicó Antonio.--«Fernando será esposo de Casilda» añadió á media voz el contrabandista; y Antonio sin ser ya dueño á contener su indignación.--¿Qué dices?... es imposible.--Será; y ¿quién podría oponerse? ¿No soy dueño de disponer á mi gusto de la mano de mi hija? te repito que será. ¿Acaso me queda otro medio para cubrir su falta? ¿ó he de ir yo mismo á dar publicidad á una desgracia que me llena de oprobio? porque es preciso ser francos, y con la misma lealtad con que todo te lo he descubierto, lo descubriría igualmente á cualquiera otro que aspirase á ser su esposo; y ¿crees tú por ventura que estaria yo en ánimo de hacer cada dia semejante confesion? ¿imaginas acaso que podría soportar con paciencia que se me diese en rostro con un repugnante desden, que hiriese constantemente mis oidos el insultante *no* con que acabas de ofenderlos? Desengáñate pues, no me queda otro camino para ahogar mis terribles recuerdos. La pérdida de Zarzal, su fuga, ó cualquiera otro obstáculo para su union con Casilda, serian en este momento una calamidad para mí; y al contrario, haciéndole esposo de mi hija quedará salvada su debilidad ante los ojos del mundo, y á los propios míos será al dia siguiente de su union con Zarzal tan pura como lo era ántes de conocerle.--Tienes razon, dijo Antonio en voz baja.--No quiero, pues, volver á parecer por el Puerto de Santa María hasta que mi hija sea esposa de Zarzal, y esta misma noche iremos á Sanlúcar, en cuya ciudad... --Pero ¿dónde está tu hija? interrumpió vivamente Antonio.--Dentro de pocas horas la verás.--¿Qué! ¿Debe venir aquí?--Antes de ser de noche.--Pues adios, dijo Antonio con una voz sombría, estendiendo su mano á Manuel.--¿Y adonde te quieres

it? exclamó este con interes.--Quiero abandonararte.--¡Abandonarme!...¿y por qué?--Al decir esto, los ojos del viejo se arrasaron en lágrimas--Si de aquí á algunos dias, continuó Antonio con una tranquilidad aparente, llegases á saber que se ha hallado en la playa el cadáver de un hombre arrojado por las olas, solo te pido que te acuerdes de mí.--¿Qué es lo que intentas? exclamó el contrabandista con un movimiento de terror, y al decir esto, un pequeño ruido vino á llamar la atención de ambos interlocutores.

Antonio volvió rápidamente la cabeza, y lanzando un grito agudo.--¿Quién es aquel hombre? esclamó.--¿Cual? donde le ves?--Allá abajo, entre las rocas, á la sombra de aquel gran pino, acompañado de otro hombre vestido de pescador. ¿No lo ves?--¡Ah! ¿por qué quieres saberlo?--¿Quién es aquel hombre te pregunto? preciso es que yo lo sepa, tu reposo y el de Casilda depende de ello: vamos, responde--y diciendo esto sus ojos desenchajados centellaban de coraje, y en su mano brillaba el horrible puñal.--Guarda esas armas, dijo pausadamente el contrabandista, y tén entendido que mientras Fernando Zarzal esté defendido por mí, nadie se ha de atrever á atacarle.--¿Quién? ¿Fernando Zarzal? gritó Antonio bramando de furor; y el viejo Manuel temió que una nueva desgracia amenazaba su cabeza.--¿Qué quieres decir?--Ven conmigo, respondió Antonio: y llevándose á Manuel apenas podía seguir la precipitada marcha del mancebo al traves de las rocas, hasta que llegando al pié de la montaña, Antonio se paró de repente.--¿Como dices que se llama ese hombre?--Fernando Zarzal.--Es falso. ¿De donde dices que era?--De Granada.--Falso tambien. ¿Qué mas has dicho?--Que viajaba por gusto.--Mentira.--Como! ¡Si tengo su pasaporte!--Mentira, mentira, su pasaporte miente como él.--El diablo me lleve ¿pues quién es ese hombre? replicó enfurecido Manuel.--¿Quieres saber quien es? pues bien; es el mismo que yo busco hace años, el jóven de Marbella de quien te he hablado, el infame Arévalo, el asesino de mi hermano.

Si la gigantesca cabeza de la gran fantasma desprendida violentamente de su inmenso pedestal y lanzada por una fuerza sobrehumana hubiese venido á caer á los pies del contrabandista, seguramente no hu-

biera experimentado su pecho el asombro de que quedó poseido, al escuchar estas palabras. Sus ojos fijos é inmóviles (empañados por una silenciosa lágrima) daban á entender los padecimientos interiores de su alma: Antonio le miraba y sonreía; pero con aquella sonrisa satánica de la venganza, exclamando:--Al fin le he vuelto á hallar! y sea Dios ó el diablo quien me lo presente, doy gracias á Dios ó al diablo, por habérmelo echado al paso... ¿No es verdad Manuel que me le cedés, y que encargas á mi brazo mi venganza? ¿No es verdad que puedo ya cumplir el juramento de arrancarle la vida?... Déjame, déjame, Manuel, que beba su sangre... No te opongas á mis deseos, y diciendo estas palabras vibraba un puñal ante los ojos de Manuel.--¡Detente! exclamó este con una voz espantosa, sujetando con fuerza el brazo de Antonio.--Déjame.--Detente digo: ¿qué es lo que pretendes? yo tambien quiero tener parte en la venganza.--¿De veras? replicó Antonio brillando en su frente la alegría.--Voy á darte la prueba.--Pues vamos allá.--Vamos.--

Y ambos se dirigieron hácia la pendiente de la roca, en donde suponian encontrar á Arévalo... De repente Manuel se paró.--Espera un poco, dijo.--¿Qué idea te ocurre?--Espera te digo y escúchame: yo he oido, no sé donde, pero yo le he oido, que en una ocasion un hombre asesinó á otro por venganza como nosotros; pero en el momento en que sumergió el puñal en su corazon, la sangre salió á borbotones de la herida, y algunas gotas cayeron sobre las manos del asesino... quiso hacer desaparecer aquellas señales acusadoras; pero cuantos medios empleó para conseguirlo fueron inútiles; cuanto mas lavaba las manchas, mas claras se manifestaban... Aquellas gotas de sangre siempre frescas, siempre vivas, que le recordaban continuamente su crimen, le despertaron los remordimientos, los remordimientos le condujeron á la desesperacion, y la desesperacion á la muerte...--Eso es un cuento, replicó Antonio con una voz que daba á entender por lo ménos la duda.--¿Donde está la prueba? dijo Manuel.--Yo no lo creo.--¿Y por qué? ¿no vemos diariamente cosas aun mas extraordinarias?--En fin ¿qué pretendes?... Quieres, nie has dicho, tomar parte en la venganza ¿renuncias ya á ella?--No.--¿Pues

entonces que intentas hacer?

Manuel reflexionó por algunos momentos, y en seguida levantó lentamente los ojos hacia la cima de la gran fantasma. Antonio siguió maquinalmente el mismo movimiento. Al volver á fijarlos en el precipicio, se encontraron sus miradas, y un rayo de diabólica alegría brilló sobre los duros surcos de su atezada frente.

Los contrabandistas se habian entendido.—¡Hasta la noche! dijo Antonio.—Hasta la noche! repitió Manuel con una voz sombría. Y se separaron.

## VI.

Aun no eran las nueve de la noche: opacas nubes que giraban de Norte á Sur tocaban á su paso en la cabeza de la gran fantasma; ni una sola estrella centelleaba á lo lejos sobre la oscura línea que formaba el horizonte, y apenas se distinguía un reflejo pálido producido por la farola de Cádiz, cuya luz ocultaba en intervalos una espesa niebla. Todo presagiaba una de aquellas terribles tempestades tan frecuentes en ambos equinoccios; el viento soplabá húmedo y violento, caprichoso é inconstante; la mar mugía lúgubre y sordamente y sus olas amenazadoras comenzaban á elevarse como preludios imponentes de la terrible lucha á que suelen entregarse los elementos, en el inmenso laboratorio de la naturaleza.

—«Tengo frío»--dijo Fernando Zarzal, que se hallaba al lado de Manuel sobre la cima del gigante de granito.—«Y yo miedo.» añadió temblando con voz débil y tímida la desdichada hija del contrabandista.—El temor que te inspira la proximidad de la tormenta no tardará en disiparse, repuso Manuel.—«¿Qué noche tan oscura! prosiguió Casilda ¿Cómo bajaremos?--¿No estoy yo aquí para guiarte? Jamás te extravíaste mientras tu padre estuvo á tu lado.--Pero es imposible que la nave que nos espera pueda acercarse á la costa en una noche de tempestad. Habrá sin duda vuelto á la mar. Bajemos, pues.--Y ¿quién se atreve á dar consejos á quien lleva cuarenta años de experiencia? dijo Manuel con una voz de trueno.--

Sucediose un largo y profundo silencio.—«¿Creéis, dijo por fin Fernando, que vuestras gentes estarán de regreso de la caverna

de los cuervos, ó como la llamais, para el momento en que llegue la nave?--¿Qué te importa?--¿Qué! ¿estamos solos? se atrevió á exclamar Casilda.--«Solos»--contestó su padre con una voz aterradora. La infeliz se estremeció, Fernando murmuró entre dientes algunas palabras ininteligibles.

—«¿Qué tienes? dijo Manuel con gravedad. ¿Acaso ese inmenso y magestuoso espectáculo te llena de espanto? ¿No se eleva tu espíritu al sentir ese estremecimiento convulsivo de la naturaleza? ¿Si tu supieses cuantas veces me he hallado en este lugar en el momento en que los elementos, llenos de furor, se despedazaban entre sí! porque esta roca es mia; es mia por derecho de conquista. Los huesos de los imprudentes que han osado disputarme su posesion, están allá abajo en el abismo. Aquí soy potentado; y ¡ay del temerario que sin mi permiso se atreva á pisar este lugar! ¡Ay sobre todo, del criminal que impelido por la casualidad ó por la fatalidad de su destino, crea encontrar aquí un refugio! ¡Ay!... Ay! sí, ¡ay de tí si me hubieras engañado, si no fueses Fernando Zarzal! Tu juez va á parecer: tu verdugo te herirá... si mientes»--¿Qué oigo! dijo Fernando estremeciéndose. Silencio, exclamó el contrabandista.—Pero padre mio ¿será posible?--Silencio, repitió Manuel con voz terrible.—Y al resplandor de los relámpagos que empezaban á brillar, vió Fernando al terrible contrabandista, con rostro sombrío, y armadas las manos con dos pistolas. De repente dió un agudo silvido.—«Aquí estoy,» dijo Antonio saliendo de entre uno de los escondrijos de la roca, Casilda y Fernando dieron un grito de espanto y de sorpresa.

Quien nada debe, nada teme, dijo gravemente el viejo contrabandista, y volviéndose hacia Antonio.—Te he prometido, prosiguió, darte á conocer al que debe ser esposo de mi hija; ahí le tienes; mírale.... ¿Es esta la primera vez que le has visto?--Y al decir estas palabras, Manuel abrió la linterna sorda que llevaba debajo de la capa, y su resplandor dejó ver el rostro de Fernando Zarzal.

—Antonio retrocedió de furor al mirar claramente al asesino de su hermano; y empuñando el terrible puñal, se adelantó en seguida hacia él.—«Monstruo, exclamó, héme aquí frente á frente»--¡Gran Dios! ¿qué es lo que veo? dijo Fernando con un temblor convulsivo.—¿Qué ves? ¿Qué! ¿ningun

secreto presentimiento te ha indicado que yo estaba oculto á dos pasos de tí? ¿No te ha avisado tu conciencia de que tu infame pecho iba á dejar de latir? ¿No oistes una voz lúgubre que te decía: «Antonio Doblado, el hermano del que cobardemente asesinas-tes despues de haber deshonrado á su hermana, va á despedazarte entre sus manos? «Arrodíllate, Arévalo, arrodíllate y encomiéndate á Dios; porque vas á parecer ante su presencia; pero sea breve tu oracion. Yo haré un esfuerzo para detener por un instante mi brazo.»—¡Antonio Doblado! exclamó Arévalo con abatimiento.—Sí, este nombre encierra la sentencia de tu muerte.... ¿Estás dispuesto? continuó Antonio levantando su puñal.

Al oír esta terrible revelacion, Casilda cayó sin conocimiento sobre la piedra del gran fantasma; y su padre, corriendo á socorrerla, dejó caer de sus manos la linterna, que rodando hasta lo mas profundo del abismo dejó aquella esceua en la mas completa obscuridad. Arévalo temblaba ante el terrible vengador que acababa de aparecer á su lado; un sudor frio inundaba su conmovida frente, y su cabeza se inclinó hasta las rodillas como impedida por una fuerza sobrehumana; en el estrávio de su razon solo pudo pronunciar estas palabras con voz quebrada y suplicante:—¡Piedad! ¡piedad! Antonio.—¿Piedad? repitió este con voz aterradora, ¿tuvistes acaso piedad de mí cuando tu puñal atravesó traidoramente el corazon de mi hermano? ¿tuvistes piedad cuando deshonraste á mi hermana? ¿tuvistes piedad cuando engañastes á esta jóven que me estaba prometida?... Disponte; repito, que vas á morir.—Espera, espera, exclamó repentinamente Manuel, deteniendo á Antonio.—No, contestó este, ¿qué intentas? este hombre me pertenece y ¡ay del que intente contener mi brazo!—Detente, dijo, quiero hablarle...—Arévalo, continuó el padre de Casilda con voz solemne y conmovida; en el momento en que tocas al término de la vida, tengo un favor que pedirte: escucha: yo te perdono el mal que me has causado, pero sé generoso con el hermano del que asesinas-tes: no le obligues á cometer un crimen igual; no nos pongas en la precision de enrojecer nuestras manos con tu impura sangre: la muerte está allí, el abismo está debajo de tus pies... Vé... y nosotros rogaremos por tu alma.—Vé, repitió Antonio.

Estas palabras hicieron concebir alguna esperanza á Arévalo; levantó la cabeza como para imponer á sus adversarios, y dijo con entereza.—No, nunca!—Vé, continuó Manuel con voz de trueno, ¿no conoces que no puedes vivir? ¿No te dice tu corazon que tu muerte es justa?... Si, vé te digo. Siento que el crimen impulsa ya mi mano...—Y los ojos de ámbos contrabandistas centelleaban en la oscuridad, y lanzábanse de sus pechos agudos sonidos. Arévalo iba retirándose siempre para evitar el continuo contacto de las puntas de los puñales, y ya sus pies tocaban en los últimos límites de la roca. Casi suspenso encima del abismo, todavía su voz ahogada repetía.—Nunca, nunca! Pero al ir á dar un paso mas para escapar á la continua acometida de sus verdugos... ¡Cielos!... La tierra ha faltado á sus pies, pierde el equilibrio y...—«Estamos vengados.»—Dijo en fin Antonio; y él y Manuel marcharon en direccion opuesta al sitio de aquella catástrofe.

Un inmenso relámpago surcó en este momento el horizonte, y el estampido del trueno siguió un instante despues; la desdichada Casilda vuelta al fin de su paraisimo, se levanta precipitadamente; recorre con avidez su vista á uno y otro lado buscando á su amado Fernando: mas solo vé á su padre inmóvil, silencioso y pintada en su semblante la inflexibilidad... Adivina entónces la horrible venganza, y conociendo en fin que el hombre á quien habia amado tanto, habia cesado de existir, un grito de dolor y de desesperacion fué el único desahago, que al abandonarla de nuevo las fuerzas, dió á conocer lo profundo de su herida.

Pero el terrible Manuel, sin parecer conmovido por tan desastrosa escena.—«Casilda, la dijo con voz grave, procurando hacerla comprender su siniestra intencion, ánimo, hija mia, ahora te toca á tí... Tu amante te espera allá abajo.»

Este horrible apóstrofe penetrando fuertemente en el corazon de aquella infeliz criatura, hizo prevalecer en ella el sentimiento natural de la vida, y por un movimiento involuntario, cayó de rodillas á los pies de su terrible padre, sin acertar á pronunciar una palabra de perdon.—«Sin duda me pides que te perdone, dijo Manuel enternecido; si, hija mia; tú no bajarás al sepulcro acompañada de mi mal-

dición; pero entre mi deshonra y tu muerte no debes titubear. Entiéndrale contigo, Casilda, y espera allí á tu desgraciado padre que no tardará en seguirte.—¡Piedad! ¡Piedad padre mío! gritó á este tiempo Casilda apoyada en las fuerzas de la desesperación; si mi padre me perdona, también el mundo me perdonará.—No, no, hija mía; dijo Manuel con la voz ahogada y balbuciente: el mundo tiene ménos misericordia que un padre: mira la prueba: mira allí aquel hombre que te amaba, y que estaba pronto á unir contigo su existencia: pues bien: pregúntale ahora si consiente en llamarse tu esposo: tú verás que ni tu llanto ni tu desgracia serán bastantes á enternecerle.—Antonio, Antonio, gritó Casilda con amargura; perdóname por Dios.—Antonio, repitió Manuel con voz solemne, ¿quieres tener compasión de mi hija? ¿consientes en recibirla por esposa?

La respuesta que iba á escaparse de la boca del jóven contrabandista era el decreto de vida ó muerte de Casilda; y ella y su padre, procurando ahogar sus suspiros, miraban á Antonio como el criminal contempla el semblante de su juez.

—«No»—gritó este con una vez sombría. La desventurada jóven lanzó un grito penetrante, y se arrojó en los brazos de su padre como para buscar un abrigo contra la muerte; pero Manuel, levantándola en ellos por un movimiento de desesperación, —«Esto es ya demasiado, no puedo sufrir mas.»—exclamó y marchó precipitado, arastrándola consigo al borde del abismo: la infeliz jóven no tenía ya ni resistencia ni lágrimas que oponer; Manuel, en el acceso de su frenesí, ni la conoce ni la mira; alzála en fin para precipitarla, y en el momento en que sus brazos la iban á abandonar....—«Detente.»—(grita con terror Antonio) la viuda de Arvalo será mi mujer.»—

A estas palabras Manuel se vuelve rápidamente; y dejando á Casilda en el suelo se dirige á Antonio, estrecha fuertemente su mano:—¿Lo juras?—le dice con un movimiento de entusiasmo.—«Lo juro, respondió gravemente Antonio, y ámbos permanecieron abrazados algunos instantes.

Pocos minutos despues, á la luz de los relámpagos, víoseles bajar sosteniendo entre los dos á la infeliz Casilda, apenas vuelta en sí, y luego tomaron juntos la vuelta del Puerto de Santa María.

FIN.

En un periódico literario de Madrid, *El Entreacto*, en cuyas columnas hemos encontrado alguna vez lisongeros elogios de nuestra *Revista*, elogios tanto mas estimables como que es grande, en nuestro concepto, la ilustración de quienes los tributaban; en *El Entreacto*, pues, un escritor de talento, cuyo nombre ignoramos, y que tiene el mal gusto de valerse del *pseudónimo* MASCARAQUE, se queja de que no háyamos puesto el título de aquel periódico al pié de los artículos ó noticias suyas, que hemos reproducido en el nuestro.

Muy fácil nos es contestar á esta queja, y contestar de tal manera que quede completamente desvanecida. Antes de que copiasemos nosotros los artículos de que se habla, los habia copiado otro periódico de las provincias, que debe ser muy conocido de los Redactores del *Entreacto*: y como este periódico que fué de donde nosotros los tomamos, no suele usar, con los muchos artículos nuestros que copia, de semejante formalidad, creímos estar tambien en el caso de no cuidarnos mucho de averiguar si la observaban, ú omitian, nuestros cajistas.

En una palabra, nos damos por muy contentos cuando los demas periódicos reproducen nuestros artículos (cosa que nos sucede con frecuencia) porque la publicidad es el principal objeto que nos proponemos. Si acontece, lo que tampoco es raro, que omitan el título de este periódico al copiar sus artículos, no nos damos tampoco por ofendidos.

El Sr. Mascaraque no debiera quejarse de que hayamos seguido la general costumbre: y mejor le estaria reconocer la modestia de que damos la mas evidente prueba en algunas ocasiones, cuando preferimos á nuestros propios y humildes trabajos, las producciones de nuestros cófrades.

Por lo demas, es cosa fácil distinguir los articulos originales de los que no lo son, en un periódico como la REVISTA, donde cada uno de los redactores firma los suyos propios con su nombre, ó con sus iniciales.

Tuvimos ocasion, en este mismo periódico, de recomendar á la anterior empresa lirica la ópera de uno de los jóvenes compatriotas nuestros, que cultivan con mejor éxito el difícil arte de Mozart y de Rossini. Dijimos entónces, y repetimos ahora, que pesa una gran responsabilidad moral sobre todo empresario que desatiende las primeras producciones de un genio desconocido, cuando no tienen mas apoyo que su propio mérito, á falta de estar protegida por la nombradía de su autor. Si esas obras llegan alguna vez á ser aplaudidas por el público, y admiradas por los inteligentes, ¿qué no deberá decirse del empresario, que se obstinó en cerrar al mérito y al talento las puertas de la celebridad?

Con mayor motivo debemos repetir el mismo consejo á la actual empresa, que ha traído á nuestro teatro cantores españoles, dando principio á la temporada con la ópera de un maestro español, y fundando acaso, alguna parte de sus esperanzas y cálculos en las simpatías nacionales.

Esta empresa para ser consecuente, no debería despreciar las producciones de los compositores gaditanos.

El Sr. GOMEZ, autor de un magnífico *Miserere* que el público de Cádiz ha oído recientemente, y admirado por segunda vez, ha escrito, segun nos aseguran, una ópera muy celebrada por algunas personas que están en el caso de juzgar sobre su mérito. Si es ó no digna de estos elogios, no lo podemos asegurar nosotros; porque ni tenemos

mas noticias que las que acabamos de indicar, ni los conocimientos músicos suficientes para que puedan tener confianza en nuestra opinion los empresarios. Los inteligentes fallarán sobre su mérito; á nosotros solo nos toca espresar un deseo que no solo lo es nuestro, sino tambien de un gran número de personas.

## OPERA.

El Domingo último comenzaron las representaciones de la compañía de ópera. LA IPERMESTRA, del Maestro Saldoni, ha obtenido la aprobacion de los *virtuosi*, y los aplausos del público.

Fieles á nuestro propósito, diremos con cabal franqueza nuestra opinion acerca de los cantores que se han presentado por la primera vez en nuestro teatro, cuando háyamos podido formar un acertado juicio, despues de ver alguna otra ópera, de sus facultades y talentos.

Por hoy baste decir, que ha sido aplaudida la Señora Villó en las variaciones finales de la IPERMESTRA, y que la Señora Plañiol ha sido un verdadero objeto de entusiasmo. Reservádonos para otro dia hablar del mérito de la *prima donna*, nos contentaremos por hoy con asegurar, que la Señora Plañiol tiene una hermosa voz de contralto, con escelentes y robustas entonaciones. Acaso es posible cantar con mayor maestria: pero no con mas sentimiento y mas espresion. La figura de la Señora Plañiol es muy agradable y el vestido ceñido de hombre la permite lucir las admirables formas de su persona.

Los coros son escelentes. La nueva decoracion, obra del Sr. Valle, es de las mejores obras de este jóven y distinguido artista.